

hebreo. Eran los arcanos de la Kábbala que había aprendido en Galilea.

—En esto sí tengo confianza; esto sí que no engaña—exclamó—. Levántate la falda para que me sirva de saco.

Arrojó las veintidós fichas en la túnica de la esclava, repitiendo mentalmente:

—¿Me pondré el collar de Afrodita? ¿Me pondré el collar de Afrodita? ¿Me pondré el collar de Afrodita?

Y obtuvo el décimo arcano, que claramente decía:

«Sí.»

VI

La rosa de Khrysis

ERA una procesión blanca, y azul, y amarilla, y rosa, y verde.

Avanzaban treinta cortesanas, llevando canastillas de flores, nevadas palomas de pies rojos, velos del azur más delicado y preciosos ornamentos.

Un viejo sacerdote, de blanca barba, cubierto hasta alrededor de la cabeza con una tela cruda y rígida, caminaba al frente del cortejo y guiaba hacia el altar de piedra la fila de devotas inclinadas.

Cantaban, y su canto se arrastraba como el mar, suspiraba como el viento del Sur, alentaba como una boca apasionada. Llevaban las dos primeras unas arpas que sostenían con el hueco de la mano izquierda y se encorvaban por delante como hoces de frágil madera.

Una de ellas se adelantó y dijo:

—Tryfera, ¡oh amada Cypris! te ofrece este

velo azul que ha tejido con sus propias manos, á fin de que prosigas siéndole propicia.

Y otra:

—Musarión deposita á tus pies, ¡oh diosa de la hermosa corona! estas guirnaldas de alelíes y este ramillete de narcisos marchitos. Los ha llevado á la orgía y ha invocado tu nombre al sentir la embriaguez de sus perfumes. ¡Oh Victoriosa, acoge estos despojos del amor!

Y otra más:

—En ofrenda á ti, Cytherea de oro, Timo consagra este brazalete en forma de espiral. Que puedas enrollar la venganza en la garganta de quien tú sabes, como esta serpiente de plata se enrollaba en sus brazos desnudos.

Myrtokleia y Rodhís avanzaron, cogidas de la mano.

—Aquí tienes dos palomas de Esmirna, de alas blancas como las caricias y pies rojos como los besos. ¡Oh doble diosa de Amatonta, acéptalas de nuestras manos unidas, si es verdad que el blando Adonis no te basta solo y que un abrazo mucho más dulce retarda en ocasiones tu sueño!

Siguió una cortesana muy joven:

—Afrodita Peribasia, recibe mi virginidad con

esta túnica manchada de sangre. Soy Pannykhís de Pharos; desde anoche me he consagrado á ti.

Y otra:

—Dorothea te conjura, ¡oh bondadosa Epistrophia! á que alejes de su espíritu el deseo que le ha infundido Eros ó á que inflames al fin para ella los ojos de aquel que se le niega, y te ofrece esta rama de mirto porque es el árbol que prefieres.

Y otra:

—Sobre tu altar, ¡oh Paphia! Kallistión deposita sesenta dracmas de plata, resto de cuatro minas que ha recibido de Kleomenes. Dale un amante más generoso todavía si te parece digna esta ofrenda.

Ya no quedaba frente al ídolo mas que una niña ruborosa que se había colocado al final. No llevaba en la mano mas que una pequeña corona de flores silvestres, y el sacerdote la despreciaba por tan mezquina ofrenda.

Dijo la niña:

—Yo no soy bastante rica para darte monedas de plata, ¡oh brillante olímpica! Por lo demás, ¿qué cosa podría darte que tú no poseyeras? He aquí unas flores amarillas y verdes, entretrejidas en forma de corona para tus pies. Y ahora...

Deshizo los dos lazos de su túnica, quedando desnuda cuando la tela se deslizó.

—...Aquí me tienes toda entera ¡oh amada

diosa! para ti. Desearía entrar en tus jardines y morir siendo cortesana de tu templo. Juro no ambicionar mas que el amor; juro que amar será mi único anhelo, y renunció al mundo y me consagro á ti.

Entonces la cubrió el sacerdote de perfumes y envolvió su desnudez con el velo tejido por Tryfera. Las dos salieron juntas de la nave por la puerta de los jardines.

Parecía haber terminado la procesión y se disponían las demás cortesanas á retirarse, cuando se presentó otra mujer en el umbral.

Nada llevaba en la mano, y hubiérase creído que no iba á ofrecer mas que su propia belleza. Parecían sus cabellos dos olas de oro, dos profundas olas llenas de sombra que ocultaban las orejas y se torcían sobre la nuca. Era delicada su nariz, con alillas expresivas y palpitantes á veces, sobre una boca gruesa y pintada, de curvas y movedizas comisuras. La suave línea del cuerpo ondulaba á cada uno de sus pasos, y se animaba con el vaivén de las caderas ó el balance de los pechos sueltos, bajo los cuales se doblaba el talle. Tenía ojos extraordinarios, azules, pero á la vez oscuros y fúlgidos, cambiantes como piedras lunares y semidormidos bajo las tendidas pestañas. Miraban estos ojos como las sirenas cantan...

El sacerdote, vuelto hacia ella, esperaba que hablase.

Y dijo ella:

—Khrysis te suplica, ¡oh Khryseia! Acepta los

débiles dones que deposita á tus pies. Escucha, acoge, ama y consueta á la que vive de acuerdo con tu ejemplo y para el culto de tu nombre.

Tendió á la diosa sus manos resplandecientes de sortijas y se inclinó, apretando las piernas.

Volvió á comenzar el canto vago, y el murmullo de las arpas ascendió hacia la diosa con el humo rápido del incienso quemado por el sacerdote en un pebetero crepitante.

Se irguió ella lentamente y presentó un espejo de bronce que le colgaba del cinturón.

—A ti—dijo ella—, Astarté de la Noche, que juntas las manos y los labios y cuyo símbolo es semejante á la huella de las corzas sobre la tierra pálida de Siria, Khrysis te consagra su espejo. El ha visto las ojeras de sus párpados, el fulgor de sus ojos después de la sacudida amorosa, los cabellos pegados en las sienes por el sudor de tus luchas, ¡oh combatiente de las manos encarnizadas, que confundes los cuerpos y las bocas!

El sacerdote depositó el espejo á los pies de la estatua. Khrysis arrancó de su áurea cabellera una larga peineta de cobre rojo, metal planetario de la diosa.

—A ti—dijo—, Anadyomena, que naciste de la sangrienta aurora y de la espumosa sonrisa del mar; á ti, desnudez que chorrea perlas, que anudas tu empapada cabellera con cintas de algas verdes, Khrysis consagra su peineta, que se ha hundido en sus cabellos revueltos por tus mo-

vimientos, ¡oh furiosa Adoniana jadeante, que ahondas las curvas de las cinturas y crispas las rodillas tirantes!

Dió la peineta al anciano é inclinó la cabeza á la derecha para quitarse su collar de esmeraldas.

—A ti—tornó á decir—, ¡oh Hetaira! que disipas el rubor de las doncellas avergonzadas y aconsejas la risa impúdica; á ti, por quien ponemos á la venta el amor que fluye de nuestras entrañas, Khrysis consagra su collar. Con él le pagó un amante cuyo nombre ignora, y cada esmeralda es un beso en el cual por un instante has palpitado.

Se inclinó por última vez y más largamente, entregó el collar en manos del sacerdote y dió un paso para alejarse.

El sacerdote la detuvo.

—¿Qué le pides á la diosa por estas valiosas ofrendas?

Ella sonrió moviendo la cabeza, y dijo:

—Nada le pido.

Pasó á lo largo de las que formaban la procesión, hurtó una rosa de una canastilla y se la puso en la boca al salir.

Una tras otra fueron siguiendo las demás mujeres, y cerróse la puerta sobre el templo vacío.

* * *

Demetrios quedó solo, oculto en el pedestal de bronce.

No había perdido de toda esta escena ni un

ademán, ni una palabra, y cuando todo hubo concluído, permaneció largo tiempo sin moverse, nuevamente atormentado, apasionado, irresoluto.

Bien curado se creía de su locura de la víspera, y no había imaginado que pudiera en lo sucesivo cosa alguna arrojarle por segunda vez dentro de la sombra ardiente de aquella desconocida.

Pero no había contado con ella.

¡Oh mujeres! ¡mujeres! ¡Si queréis ser amadas, mostraos, apareced, estad presentes!... La emoción que sintió él cuando entró la cortesana fué tan completa y poderosa, que ya no quiso pensar en combatirla con un impulso de la voluntad. Demetrios se hallaba ligado como un esclavo bárbaro á un carro de triunfo. Era ilusorio querer escapar. La joven, sin saberlo y de un modo natural, había puesto la mano encima de él.

Habíala él visto llegar desde muy lejos, pues vestía la misma tela amarilla que llevaba en el muelle. Caminaba con pasos lentos y flexibles, ondulando las caderas con molicie, y se había dirigido recta hacia él, como si adivinara que estaba allí tras de la piedra.

Desde el primer instante comprendió él que volvería á caer á los pies de la cortesana. Cuando ésta se quitó del cinturón el espejo de pulido bronce, miróse un momento en él antes de entregarlo al sacerdote y le brillaron los ojos de un modo estupendo. Cuando, para tomar la peineta de cobre, posó la mano sobre sus cabellos con el brazo doblado, según la actitud de las Gracias, toda la hermosa línea de su cuerpo se desarrolló bajo la tela y el sol brillantó en su axila un rocío de sudor luminoso y menudo. Por último,

cuando, para levantar y soltarse el collar de pesadas esmeraldas, separó la seda plegada que le cubría el pecho hasta el dulce lugar lleno de sombra, en donde sólo es posible deslizar un ramillete, se sintió Demetrios presa de un loco frenesí por apoyar allí los labios y desgarrar el vestido... Pero Khrysis había comenzado á hablar.

Habló, y cada una de sus palabras fué un sufrimiento para él. De propósito parecía insistir y recrearse en la prostitución de este vaso de belleza que era ella misma, blanco cual la misma estatua y lleno de un oro que manaba en cabelleira. Jactábase de tener abierta la puerta á la ociosidad de los que pasaban, de abandonar la contemplación de su cuerpo á los indignos y encomendar á chiquillas inhábiles el encenderle las mejillas. Gloriábase de la venal fatiga de sus ojos, de sus labios alquilados de noche, de sus cabellos entregados á manos brutales, de su divinidad trabajada.

El exceso mismo de las facilidades que inducían á abordarla arrastraba hacia ella á Demetrios, resuelto á tomarla para sí solo y cerrar la puerta á los otros. Tan cierto es que una mujer no logra seducir plenamente sino cuando da ocasión á los celos.

De esta suerte, al regresar Khrysis á la ciudad, después de cederle á la diosa su collar verde en cambio del otro, llevaba una voluntad humana en su boca, como la rosa robada cuyo tallo iba mordiéndolo.

Demetrios aguardó á estar solo en el recinto, y en seguida salió de su escondite.

Miró con turbación á la estatua, temiendo todavía tener que luchar consigo mismo. Pero era incapaz de sentir por dos veces en un breve

intervalo una emoción muy violenta, y quedó asombrosamente tranquilo y sin remordimiento prematuro.

Indiferente y reposado, subió junto á la estatua, levantó sobre la nuca inclinada de la diosa el Collar de Verdaderas Perlas de la Anadyomena, y lo deslizó dentro de sus propios vestidos.

VII

El cuento de la lira encantada

CAMINABA él rápidamente, con la esperanza de alcanzar á Khrysis en la avenida que conducía á la ciudad y temiendo, si se retardaba, volver á sentirse falto de energía y de voluntad.

La vía, blanca de calor, era tan luminosa, que Demetrios cerró los ojos como bajo el sol de mediodía. Avanzaba, pues, sin mirar adelante, y estuvo á punto de tropezar con cuatro esclavos negros que marchaban á la cabeza de un nuevo cortejo, cuando una vocecilla musical exclamó con dulzura:

—¡Amado mío, qué felicidad me da verte!

Alzó la cabeza, y vió á la reina Berenice de codos en su litera.

—Deteneos, portadores—ordenó ella tendiendo los brazos á su amante.

Demetrios se sintió terriblemente contrariado; pero como no le era posible negarse, subió á la litera con aspecto mohino.

Loca de alegría, la reina Berenice se arrastró

sobre las manos hasta el fondo y rodó entre los cojines como una gata que pretende jugar.

Porque esta litera, conducida por veinticuatro esclavos, era un aposento completo. Doce mujeres podían dormir cómodamente dentro de ella tendidas al acaso en la espesa alfombra azul sembrada de telas ricas y cojines; y su altura era tal, que no podía tocarse el techo ni con la extremidad del abanico. Era más larga que ancha, cerrada por delante, y los tres costados con tres cortinas amarillas, ligerísimas, deslumbrantes de luz. El testero era de cedro, cubierto con un largo velo de seda anaranjada. En lo más alto de esta pared brillante, el enorme gavilán de oro de Egipto desplegaba sus grandes alas rígidas. Más abajo, el símbolo antiguo de Astarté, cincelado en marfil y plata, se abría sobre una lámpara encendida que luchaba con la luz del día en inquietos reflejos. Debajo se hallaba tendida la reina Berenice entre dos esclavas persas que agitaban á su alrededor dos penachos de plumas de pavo.

Llamó á su lado con los ojos al joven escultor, y repitió:

—¡Amado mío, qué felicidad me da verte!

Y poniéndole la mano sobre una mejilla, prosiguió:

—Te buscaba, amado mío. ¿En dónde estabas? No te he visto desde anteayer. Si no te hubiese encontrado, me habría muerto de pena en un instante. ¡Me fastidiaba tanto, sola en esta litera! Al pasar por el puente de los Hermes, arrojé todas mis joyas al agua para hacer remolinitos. Ya ves: no tengo ni sortijas ni collares, y parezco una pobrecilla á tus pies.

Volvióse contra él y lo besó en la boca. Las

dos portadoras de abanicos fueron á acurrucarse algo más lejos, y cuando la reina Berenice comenzó á hablar más bajo, se pusieron los dedos á las orejas para aparentar que no oían.

Pero Demetrios no contestaba; apenas ponía atención; permanecía distraído. No veía de la joven reina mas que la sonrisa roja de su boca y el cojín negro de sus cabellos, que peinaba siempre flojos para apoyar mejor la fatigada cabecita.

Ella seguía diciendo:

—Toda la noche he llorado, amado mío. Mi lecho estaba frío. Siempre que despertaba, extendía los brazos desnudos á los dos lados de mi cuerpo, sin encontrarte, y mi mano no tocaba en ninguna parte esta mano tuya que estoy besando ahora. Te esperaba en la mañana, y desde la luna llena no habías venido. Envié esclavos por todos los barrios de la ciudad, y cuando volvieron sin ti, yo misma les di muerte.

»¿En dónde estabas? ¿en el templo? ¿No estabas en los jardines con esas mujeres extranjeras? No; adivino en tus ojos que no has amado. ¿Qué hacías, entonces, lejos de mí? ¿Estabas delante de la estatua? Sí, estoy segura de que allí estabas. La amas ahora más que á mí. Es enteramente semejante á mí: tiene mis ojos, mi boca, mis senos; pero á ella es á quien tú buscas. Yo soy una infeliz abandonada. Bien veo que te fastidias junto á mí. Piensas en tus mármoles y en tus viles estatuas, como si yo no fuese más bella que todas ellas, y con vida, y amorosa, y buena, dispuesta á todo cuanto quieras aceptar y resignada á cuanto rehuses. Pero nada quieres. No has consentido en ser rey, ni has querido ser dios y que te adorasen en un

templo que fuera tuyo. Casi ya no quieres ni amarme.

Encogió los pies debajo de ella y se apoyó en la mano.

—Por verte en palacio, lo haría todo, amado mío. Si ya no vas por mí, dime quién te atrae y seré su amiga. Las... las mujeres de mi corte... son hermosas. Tengo doce guardadas en mi gineceo desde que nacieron y que hasta ignoran que existen hombres... Todas serán tus queridas si después de ellas me buscas... Tengo á otras conmigo que han conocido más amantes que las cortesanas sagradas y son expertas en el amor. Tengo también mil esclavas extranjeras; di una palabra, y te entregaré cuantas quieras. Las vestiré como á mí misma, de seda amarilla, y de oro, y de plata.

»Pero, no. Tú eres el más bello y el más frío de los hombres. A nadie amas; sólo te dejas amar. Te prestas por caridad á las que enloquecen tus ojos. Permites que sacie mi placer en ti, pero como se deja ordeñar una bestia: mirando á otra parte. Tu condescendencia no tiene límites. ¡Ah, dioses, dioses! Al cabo prescindiré de ti, joven fatuo á quien adoran todas las hijas de la ciudad y á quien ninguna hace llorar. Tengo algo más que mujeres en palacio. Tengo etíopes vigorosos, de pecho de bronce y brazos jorobados de músculos, que pronto me harán olvidar con sus abrazos tus piernas de muchacha y tu barba perfumada. El espectáculo de su pasión será nuevo para mí, seguramente, y descansaré de estar enamorada. Pero el día en que me convenza de que tu mirada ausente ya no me inquieta y de que me es posible reemplazar tu boca, te en-

viaré desde lo alto del puente de los Hermes á reunirte con mis collares y mis sortijas, como á una joya usada por demasiado tiempo. ¡Ah! ¡Ser reina!

Se enderezó cual si esperase algo; pero como Demetrios permanecía impassible, sin moverse ni oír, preguntó colérica:

—¿No has comprendido?

Púsose él negligentemente de codos y dijo con el tono más natural:

—Se me ocurre un cuento.

* * *

—En otro tiempo, mucho antes de que los antepasados de tu padre conquistaran la Tracia, estaba habitada por animales salvajes y algunos hombres amedrentados.

»Los animales eran muy bellos: había leones rojos como el sol, tigres rayados como el cielo del atardecer y osos negros como la noche.

»Los hombres eran enanos y feos, mal cubiertos de viejas pieles, armados de lanzas toscas y arcos groseros, y se encerraban en las cavidades de las montañas, detrás de monstruosos bloques que habían arrastrado trabajosamente. Pasaban la vida cazando y corría la sangre en los bosques.

»Era tan lúgubre el país, que los dioses lo habían abandonado. Cuando salía Artemisa del Olimpo, al clarear la mañana, jamás seguía un camino que llevara al Norte. Las guerras de allí no inquietaban á Ares; la falta de flautas y de cítaras alejaban á Apolo, y solamente brillaba la triple Hécate como una cara de medusa sobre un paisaje petrificado.

»Entonces fué á habitar allí un hombre de

una raza más feliz, que no vestía pieles como los salvajes de la montaña.

»Usaba larga túnica blanca que arrastraba un poco detrás de sus pasos. Gustábale errar de noche, á la luz de la luna, por los mullidos claros de los bosques, llevando en la mano un pequeño caparazón de tortuga en el que había clavados dos cuernos del gigantesco toro aurochs y entre los que se tendían tres cuerdas de plata.

»Cuando tocaba con sus dedos las cuerdas, una música deliciosa las recorría, mucho más dulce que el murmullo de las fuentes, que las frases del viento entre los árboles ó el movimiento de las avenas. La primera vez que tocó despertaron tres tigres, tan prodigiosamente encantados, que, lejos de causarle ningún daño, se le aproximaron lo más que les fué posible y se retiraron cuando cesó. Fueron más los que acudieron el día siguiente, así como lobos, hienas, y hasta serpientes, que se ponían derechas sobre la cola.

»Poco después, iban los animales mismos á suplicarle que hiciese música, sucediéndole con frecuencia que un oso llegaba solo junto á él y después de tres acordes maravillosos se marchaba contento. En cambio de sus complacencias, las fieras le proporcionaban alimento y le protegían de los hombres.

»Pero le fatigó su fastidiosa vida. Tan convencido llegó á estar de su genio y del placer que daba á las bestias, que ya no se esforzó en tocar bien, y las fieras, con tal de oírle, quedaban siempre satisfechas. No tardó en negarse á concederles este gusto, y dejó de tocar por indolencia. Toda la selva quedó triste, pero no por ello escasearon á la puerta del músico los trozos de carne ni las frutas sabrosas. Continuaron ali-

mentándole y le amaron más, porque el corazón de los animales es así.

»Un día, sin embargo, que, apoyado en su puerta, miraba cómo descendía el sol tras de los árboles inmóviles, pasó cerca una leona. Dió él muestras de meterse en su vivienda, cual si temiera molestas solicitudes; pero la leona, sin cuidarse de él, pasó adelante tranquilamente.

»Entonces, él le preguntó sorprendido: «¿Por qué no me ruegas que toque?» Ella le contestó que no lo deseaba. Díjole él: «¿No me conoces?» Y ella le respondió: «Tú eres Orfeo.» Agregó éste: «¿Y no quieres oirme?» «No quiero», repuso ella. «¡Oh!—exclamó el músico—¡cuán digno soy de lástima! Tú eres por quien yo hubiera tocado. Eres mucho más bella que las demás y debes de comprender mejor. Porque me escuches una hora solamente, te daré cuanto sueñes.» Ella le respondió: «Te pido que robes las carnes frescas que tienen los hombres de la llanura. Te pido que asesines al primero que encuentres. Te pido que te apoderes de las víctimas ofrecidas á tus dioses, y que todo lo deposites á mis pies.» El le agradeció que no pidiera más, é hizo lo que le había exigido.

»Durante una hora, tocó delante de ella; pero después rompió su lira y vivió como si estuviera muerto.

* * *

La reina suspiró:

—Jamás comprendo las alegorías. Explicame, amado mío, lo que eso significa.

El se puso en pie.

—Nada te he dicho para que comprendas. Te

referí una historia para calmarte un poco. Ahora es tarde. Adiós, Berenice.

La reina se echó á llorar.

—¡Estaba muy segura! ¡estaba muy segura!

El la acostó como á un niño sobre el blando lecho de mullidas telas, la besó sonriendo los desolados ojos y descendió con tranquilidad de la gran litera en marcha.